

El Mayor. Uno de los jefes militares más brillantes de guerra de independencia

The Major. One of the brightest military leaders of the war of independence

Dr. C. Jorge Miguel-Puente

jpunte@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Resumen

El mayor general Ignacio Agramonte y Loynaz es uno de los más brillantes jefes militares de la guerra de independencia de Cuba, iniciada el 10 de octubre de 1868. El Mayor, como es conocido por los cubanos, de manera autodidacta logro aplicar en sus acciones combativas principios del combate que le favorecieron el éxito en sus campañas militares. Principios como lo de la concentración, la desconcentración, el empleo oportuno del terreno y el factor climatológico, la sorpresa y el empleo oportuno del factor político moral y disciplinario marcaron para siempre su vida político- militar. En el presente trabajo hacemos una reflexión sobre sus cualidades y el reconocimiento que hacen sobre su persona importantes jefes militares contemporáneos a él.

Palabras clave: Ignacio Agramonte, El Mayor, estrategia, táctica, Camagüey.

Abstract

Major General Ignacio Agramonte y Loynaz is one of the most brilliant military commanders of Cuba's war of independence, started on October 10, 1868. El Mayor, as he is known by Cubans, self-taught to apply in their combative actions principles of combat that favored his success in his military campaigns. Principles such as concentration, deconcentration, the timely use of the land and the weather factor, the surprise and the timely use of political moral and disciplinary factor marked forever his political-military life. In the present work we make a reflection on his qualities and the recognition that important contemporary military leaders make to him.

Keywords: Ignacio Agramonte, The Major, strategy, tactics, Camagüey.

Introducción

En la conmemoración del 150 aniversario del reinicio de nuestras guerras de independencia es un deber destacar la participación de los jefes militares que por su acción político-militar se distinguen entre los pensadores cubanos de aquella contienda. Uno de esos casos es el mayor general Ignacio Agramonte y Loynaz, que, sin ser un militar de formación, que no pasó previamente escuela militar, en su praxis revolucionario supo desarrollar un pensamiento estratégico y táctico que lo distinguen brillantemente.

Aquel diamante con alma de beso

En fecha alegórica a los sucesos por el 10 de octubre, en 1888 José Martí refiere:

¿Y aquel del Camagüey, aquel diamante con alma de beso? (...) ¿Aquel qué, sin más ciencia militar que es el genio, organiza la caballería, rehace el Camagüey desecho, mantiene en los bosques talleres de guerra, combina y dirige ataques victoriosos, y se vale de su renombre para servir con él al prestigio de la ley, cuando era el único que acaso con beneplácito popular, pudo siempre desafiarla?. (Martí, 1975, p. 361)

Ignacio Eduardo Agramonte Loynaz, nació el 23 de diciembre de 1841, en el número 5 de la calle “Soledad”, en la ciudad de Puerto Príncipe, actual Camagüey. En un medio acomodado de criollos. Fue hijo del abogado Ignacio Agramonte Sánchez Pereira, como muchos de sus antecesores, de origen navarro por línea paterna, y María Filomena Loynaz y Caballero, procedente de una antigua familia adinerada del Camagüey.

Realizó sus primeros estudios en su ciudad natal y luego, ante la imposibilidad de iniciar estudios superiores en Puerto Príncipe, en 1852 es enviado a Barcelona, España, donde fue alumno de los colegios: de Isidoro Prats en el que cursó tres años de Latinidad y Humanidades y en 1855 comienza sus estudios elementales de Filosofía, en opción al título de Bachiller en Artes, en el colegio de José Figueras. Ambos centros docentes estaban adscriptos a la Universidad de Barcelona, donde ingresa en 1856; al año siguiente regresa a Cuba y en la Universidad de La Habana estudia Derecho Civil y Cánónigo, para recibir su título de Licenciado el 11 de junio de 1865.

Dos años más permaneció Agramonte en la Universidad, pues aunque ejercía como abogado, continuó los estudios correspondientes al Doctorado hasta el 24 de agosto de 1867 que realiza su último examen.

El contacto con la sociedad cubana de mediados del siglo XIX, moldearon en gran medida su carácter y pensamiento. Favorecido, además, por la particularidad de que la burguesía criolla principieña tuviera un pensamiento de avanzada que lo favorecía las grandes extensiones de tierras y haciendas ganaderas con un gran dominio del capital criollo.

Amalia Simoni su gran amor

Contrae matrimonio, el 1 de agosto de 1866, con Amalia Simoni quien sería el gran amor de su vida. El matrimonio tiene lugar en la Iglesia de "Nuestra Señora de la Soledad", de esta unión germinan sus dos hijos: Ernesto, nacido en la manigua, y Herminia, a la que no llegó a conocer.

La literatura epistolar que dirigió Ignacio a Amalia, se distingue por el profundo amor que le profesaba:

"Idolatrada esposa mía:

Mi pensamiento más constante en medio de tantos afanes es el de tu amor y el de mis hijos. Pensando en ti, bien mío, paso mis horas mejores, y toda mi dicha futura la cifro en volver a tu lado después de libre Cuba. ¡Cuántos sueños de amor y de ventura, Amalia mía! Los únicos días felices de mi vida pasaron rápidamente a tu lado embriagado de tus miradas y tus sonrisas. Hoy no te veo, no te escucho, y sufro con esta ausencia que el deber me impone. Por eso vivo en lo porvenir y cuento con afán las horas presentes que no pasan con tanta velocidad como yo quisiera (...)"

Camagüey, julio 1 de 1871.

Iniciación revolucionaria

Al regreso a su Camagüey natal se vincula con el pensamiento criollo más radical de la época, que unido a la influencia recibida en Europa complementan su radicalismo revolucionario. En 1867 se vincula a la fundación de la "Logia *Tínima*", creada con fines conspirativos; además, Agramonte fue uno de los fundadores de la Junta Revolucionaria de la región camagüeyana. Participó en las labores conspirativas que condujeron al alzamiento de la zona, el 4 de noviembre de 1868, en el paso del río Las Clavellinas, en el que no figuró personalmente, pues se había decidido que permaneciera en la ciudad organizando el aseguramiento logístico de los alzados. Se sumó a la campaña el día 11 de noviembre en el ingenio "El Oriente", cerca de Sibanicú.

Desenmascaró la posición traidora de Napoleón Arango en la reunión celebrada el 26 de noviembre de 1868, en Minas. En ella se constituyó el Comité Revolucionario de

Camagüey, al cual quedó incorporado. Tuvo su bautismo de fuego en el combate de Bonilla, dos días después. Integró la Asamblea de Representantes del Centro, creada el 26 de febrero de 1869 y representó a Camagüey en la Asamblea Constituyente de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, en esta última, fue elegido secretario. Fue de los redactores de la primera Constitución de Cuba y elegido secretario de la Cámara de Representantes.

Como se puede apreciar Ignacio Agramonte fue hombre de elevadas ideas políticas y también un gran jefe militar, cuyo temperamento no le permitió permanecer alejado del enfrentamiento directo con el enemigo, por lo que días después de su nombramiento como Secretario de la Cámara, formuló su renuncia y solicitó su incorporación al Ejército Libertador.

Carlos Manuel de Céspedes, en su condición de Presidente de la República en Armas, aprobó su solicitud, ascendiéndolo al grado de Mayor General y nombrándolo jefe del Camagüey. Este territorio, con la aprobación de la Ley de Organización Militar del 9 de julio de 1869, formaría parte del 3^{er}. Cuerpo del Ejército Libertador, el cual comprendía Camagüey y Las Tunas, y tendría como zona de operaciones desde el río Jobabo hasta la Trocha de Júcaro a Morón. Bajo el mando de Agramonte el territorio adquirió una estructura estable, alta capacidad combativa y férrea disciplina.

Su primera acción combativa como jefe de tropa la libró el 3 de mayo de 1869, en Ceja de Altagracia. El 17, renunció al cargo de jefe, por estar en desacuerdo con el gobierno, en la distribución que hiciera del armamento desembarcado en la expedición del vapor *Salvador*, por La Guanaja el 13 de mayo de 1869. El 28 se le aceptó la renuncia con la condición de que se mantuviera en el cargo hasta la designación de su relevo, bajo estas circunstancias continuó combatiendo. Las discrepancias con el presidente Carlos Manuel de Céspedes, lo mueve a una nueva renuncia al cargo, el 1 de abril de 1870, solicitud que fue aceptada el 17 de ese mes en curso.

Sin tropas bajo su mando, pero con el grado de Mayor General, continuó la lucha acompañado de su escolta y pequeñas fuerzas que se le fueron agregando. Bajo estos acontecimientos realizó alrededor de 19 acciones combativas en ese año, entre ellas las

de *Caridad de Pulido, Puente Carrasco, La Gloria, Santa Brianda de Altamira, Ingenio Grande, Embarcadero de Vertientes y Múcara.*

Su madurez político - militar le permitió, valorar la importancia de la unidad de las fuerzas como factor estratégico, aceptando el ofrecimiento de Céspedes, de reincorporarse al frente de las fuerzas de Camagüey y reasumir el mando del Cuerpo de Ejército, el día 17 de enero de 1871. En estas condiciones desarrolló el período más brillante de su carrera militar.

El estratega militar

Ignacio Agramonte, desde una formación autodidacta, alcanzaría elevados conocimientos y méritos militares en el campo de batalla, y fue uno de los más brillantes jefes de nuestras gestas independentistas.

Su concepción estratégica de la guerra le permitió comprender que ésta sería necesariamente prolongada debido a las características de los bandos beligerantes y trazó como objetivo inmediato el ataque ininterrumpido, tanto a las columnas españolas en movimiento como a sus pequeñas guarniciones.

Asimismo, concretó en su práctica como jefe, el mando único y la disciplina militar, necesarios para alcanzar éxitos en el combate. Al respecto decía: "Organizar y disciplinar al ejército es prepararlo para la victoria". (Jiménez, 1974, p.78). En consecuencia con estos criterios, se dedicó a disciplinar y organizar las fuerzas camagüeyanas hasta convertirlas en firmes baluartes de la revolución. En este empeño, amplió sus conocimientos acerca de la teoría militar de la época y ordenó que los jefes, oficiales y soldados recibieran clases elementales de diversas materias y efectuaran prácticas para elevar la preparación de las tropas, que deseosas de combatir, carecían de la instrucción indispensable.

El régimen disciplinario por él establecido, contemplaba un conjunto de normas, entre las que se destacan: empleo riguroso del saludo militar, el tratamiento de usted y por el grado al superior jerárquico, rapidez y exactitud en el cumplimiento de las órdenes, prohibición del empleo de un lenguaje irrespetuoso, velar por el cuidado del armamento y los medios del campamento, pases de lista tres veces al día, el empleo de un sistema de sanciones a los quebrantadores del orden disciplinario y el cumplimiento estricto del

sistema de seguridad (guardias, rondas, postas avanzadas, etc.). (Colectivo de autores, 2004, p. 200).

Junto a ello estableció líneas precisas en cuanto al trato a seguir con la población civil, que se caracterizaban por el respeto y el trato justo. Aplicando severas sanciones contra aquellos que incurrieran en el robo, la represión el saqueo y maltrato a los ciudadanos pacíficos en las zonas de operaciones. Estas medidas fueron acompañadas con la persecución y exterminio de diferentes bandas de forajidos que actuaban en el territorio de Camagüey.

Con relación al abastecimiento material de sus efectivos desarrolló un excelente sistema de prefecturas, es decir, de pequeños centros de producción agrícola y artesanal que servían, además, como puntos de correos, hospitales, almacenes y talleres, en los que se reparaban las monturas, arreos y armas, además de llevar a cabo rápidas incursiones en el territorio para la obtención de pertrechos y recursos de guerra.

Conocedor de las cualidades de los jinetes bajo su mando, de la riqueza caballar del Camagüey y de la topografía del terreno, organizó las fuerzas priorizando la caballería, la cual era especialmente utilizada en el cumplimiento de misiones decisivas durante las acciones combativas y que, además, aseguraran la maniobrabilidad y las comunicaciones entre las tropas.

Con habilidad y maestría, el mayor general Ignacio Agramonte conjugó métodos tácticos importantes que le permitieron vencer a un enemigo superior en fuerzas y medios. En los combates de El Salado, Jacinto, Molina, Cocal de Olimpo y otros, puso de manifiesto la experiencia, acometividad y disciplina alcanzadas por las unidades que le estaban subordinadas. (Jiménez, 1974, p.78)

En cada una de las acciones que emprendió tuvo en cuenta la concentración y desconcentración de sus fuerzas. Primero, operó con grupos de caballería lo suficientemente numerosos, para impedir que el enemigo dividiese sus tropas en pequeñas unidades y obligarlo a actuar en grandes columnas que eran atacadas durante la marcha. A la vez, al planificar un ataque a un objetivo bien guarnecido, efectuaba una rápida concentración apoyada en la capacidad de maniobra de su caballería e infantería.

Su método preferido de combate consistía en utilizar un pequeño grupo de hombres que hostilizara al enemigo, para luego simular una retirada atrayendo a este hacía el grueso de las fuerzas revolucionarias, las cuales se hallaban convenientemente emboscadas.

En el desarrollo de las acciones combativas la caballería camagüeyana iniciaba la carga en zig zag y a medidas que avanzaba se concentraba hasta constituir una formación cerrada, que al llegar a la línea enemiga, emprendía el ataque a un punto determinado. Los jinetes utilizaban el machete en el combate cuerpo a cuerpo, pero también poseían una excelente puntería a la hora de realizar el fuego sobre la marcha, ocasionándole así grandes pérdidas al adversario.

Otro método táctico empleado por el mayor general Agramonte, fue amenazar a las localidades urbanas o hacer llegar a ellas informaciones falsas sobre los movimientos de los patriotas para imponer al enemigo el combate en campo abierto, fuera de sus fortificaciones. En ocasiones, asediaba sorpresivamente los poblados y obligaba a las fuerzas españolas a defender una posición determinada mientras las tropas cubanas se aprovisionaban. (Zulueta, 1989, pp. 42-43).

Estas acciones combativas de pequeña envergadura, mantuvieron el hostigamiento constante sobre el enemigo, obligándolo a la concentración de tropas para proteger los poblados y centro de operaciones, debilitando así las columnas y con ello su maniobrabilidad y capacidad para desarrollar acciones ofensivas. De esta forma se logró alcanzar el equilibrio estratégico en el territorio bajo su mando, pasando a la ofensiva táctica.

Para él, la unidad de las fuerzas revolucionarias era factor determinante en el desarrollo de la guerra a favor de las armas cubanas, y dedicó grandes esfuerzos para lograrla. Muestra de ello son sus palabras durante la realización de un pase de revista a las tropas, al ser extendido su mando al territorio de Las Villas, en mayo de 1872, ocasión en la que exhortó a los soldados de Camagüey y Las Villas a luchar como hermanos y a eliminar todo rasgo de regionalismo que los pudiera dividir.

Su muerte temprana en los potreros de Jimaguayú, el 11 de mayo de 1873, fue un duro golpe para el proceso revolucionario. Sin embargo, su obra quedó materializada en la acción de los jefes y soldados que se formaron bajo sus órdenes, en los hombres que

integraron su temible caballería, y en los aguerridos infantes del Camagüey y Las Villas.

El mayor general Máximo Gómez Báez, al ocupar el mando militar del departamento camagüeyano, el 9 de julio de 1873, comprobó personalmente el alto grado de organización militar y la capacidad combativa de aquellas tropas, y elogió la labor del gran jefe militar que las dirigió:

“En medio de aquella lucha sin tregua, defendiendo a todas horas del día y la noche, Agramonte no descuidaba ni el más pequeño incidente (...)

¿Quién enseñó al General Agramonte todas esas cosas? Nunca, que sepamos nosotros, en la paz se había él ocupado de asuntos militares, quizá le fueron repulsivos. Él sabía acampar cubierto a toda sorpresa enemiga, y en condiciones de poderse batir con ventaja cualquiera que fuese el número de sus contrarios. No le dejaba, ni lugar, ni tiempo al enemigo para hacer uso de la estrategia, y era seguro que en el primer impulso la ventaja estaba de parte de Agramonte”. (Colectivo de autores, 2004)

En la misma carta la reflexión del generalísimo se extiende a compararlos con otros gloriosos guerreros del continente americano.

“Hemos leído con interés los episodios gloriosísimos de la guerra de la independencia de la América del Sur, que dirigió el genio del General Bolívar, y donde los jinetes de la pampas con el intrépido General Páez a la cabeza azoraron al mundo con sus proezas de valor y arrojo, y nosotros, creemos de buena fe, pues los hemos visto con nuestros propios ojos, que los jinetes del Camagüey, los soldados de Agramonte, son los mismos de Las Queseras”. (Ediciones GEO, 2004, p.4.).

El rescate de Sanguily

Quizás la acción que lo ubica decididamente en los anales de la guerra de los Diez Años fue la desarrollada el 8 de octubre de 1871, cuando al frente de 35 jinetes, protagonizó la audaz hazaña de rescatar al entonces general de brigada Julio Sanguily, quien horas antes había caído en poder de los españoles.

Ese día el Mayor, acompañado por parte de sus fuerzas se hallaba en el potrero Consuegra al sur de la ciudad de Puerto Príncipe y al nordeste del potrero de Jimaguayú, cuando recibió la noticia de que el brigadier Julio Sanguily había sido hecho prisionero por una guerrilla española de 120 hombres, al mando del comandante César Matos y era conducido al campamento del general Sabás Marín, enclavado en Jimaguayú.

Para rescatar a su compañero, Agramonte escogió menos de la mitad de sus fuerzas, con las que formó un destacamento de treinta y cinco jinetes. Dispuso como orden de marcha una pequeña vanguardia de cuatro hombres al mando del comandante Reeve y las fuerzas principales a las órdenes del comandante Emiliano Agüero, en las que iba Agramonte con sus ayudantes y los del brigadier Sanguily.

Con esta situación equivalía pasar a la ofensiva con desventaja de 4 a 1, lo que parecía una locura, pero tan pronto como la tropa española fue localizada, Agramonte ordenó el ataque, asestando el golpe principal contra el centro de la columna enemiga, a la vez que un pequeño grupo cargaba contra la retaguarda de esta. Para apoyar el golpe de la caballería y desorientar al enemigo en relación con el número de fuerzas atacantes y la dirección del golpe, decidió, además, desmontar a cinco jinetes con los cuales flanqueó las tropas españolas por la derecha y efectuó un nutrido fuego al amparo de la vegetación. La acción fue todo un éxito.

Se le efectuaron al enemigo once muertos y se le ocuparon armas y pertrechos. El destacamento de Agramonte, en un derroche de coraje, cumplió su misión al precio de dos muertos y cinco heridos.

Conozcamos los detalles de la acción por el escrito del propio mayor general Ignacio Agramonte cuando narra:

“Sólo con treinticinco jinetes bien montados podía contar en esos momentos para darle alcance al enemigo, y no había tiempo que perder, para hacer esfuerzos desesperados a favor de un jefe distinguido y un compañero. Salí con ellos logrando alcanzar al enemigo en la finca de Antonio Torres, cargué por la retaguardia al arma blanca, y a la invocación del nombre y a la salvación del Brigadier prisionero, los nuestros sin vacilar ante el número ni ante la persistencia del enemigo, se arrojaron impetuosamente sobre él, le derrotaron y recuperaron al Brigadier Sanguily herido en un brazo, y cinco prisioneros más que llevaba y había recogido en nuestros campos”.(...) "Mis soldados no pelearon como hombres: ¡lucharon como fieras!". (Ediciones GEO, 2004, p.4.).

El rescate de Sanguily elevó notablemente la moral combativa del Ejército Libertador en Camagüey y tuvo amplia repercusión en todo el campo insurrecto. Desde el punto de vista militar, en esta acción sobresalen varias experiencias positivas, tales como la puesta en práctica de una ingeniosa idea del combate que logró desconcertar, neutralizar y desorganizar al enemigo, el aprovechamiento del factor sorpresa, con la rapidez e ímpetu desplegados por la caballería camagüeyana.

Cómo lo veían sus contemporáneos

Son varios los criterios que se pueden encontrar en escritos, cartas o notas que expresan y reconocen el mérito de este insigne patriota; el mayor general Manuel Sanguily explica:

(...) Creó un ejército especial y observó un sistema de resistencia adecuado a aquellas singulares condiciones, levantó y fortificó el sentimiento general, reanimó la esperanza, y enseñó a los suyos (...).

Fue (...) sabio en el consejo, pronto en la acometida, prudente y acertado en el mando, elocuente en las asambleas, terrible en los combates -inflexible en el desorden-, cariñoso y bueno en sus íntimos afectos (...). (Ediciones GEO, 2004, p.4.).

El General norteamericano Tomás Jordán, militar de carrera que llegara a ocupar el cargo de jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador, con mucha justeza bosquejaba sobre el Mayor:

“Es la primera vez que tengo el gusto de conducir al combate fuerzas camagüeyanas, y faltaría a un deber de conciencia si no hiciese aquí presente que, si bien su disciplina deja aun que desear a los ojos de un jefe veterano, no así su valor que no cede en nada al de los más valientes soldados. La brillante juventud que forma este E.M. General y el del General Agramonte me ha dejado completamente satisfecho. Todos fueron más allá de su deber, batiéndose como simples soldados. En cuanto al general Agramonte tuve ocasión de confirmar los antecedentes que se me habían dado de su valor sereno y notables aptitudes militares. Tengo el honor. (Ediciones GEO, 2004, p.4.).

En generalísimo Máximo Gómez, en julio de 1871, al asumir el mando de las tropas del Camagüey con posterioridad a la caída en combate del mayor afirmaba: “Agramonte inspirado en puro patriotismo dejó asegurada la Revolución”. (Colectivo de autores, 2004).

El 11 de mayo de 1973, en la velada solemne efectuada con motivo del centenario de la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte Loynaz, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, expreso: “Y si queremos saber cómo deben ser nuestros tanques en la hora del combate: ¡deben ser como la caballería camagüeyana de Ignacio Agramonte en el rescate de Sanguily!”. Así resumía la trascendencia histórica, la acción y el pensamiento de “El Mayor”. (Castro, 1976, p.96).

Referencias bibliográficas

1. Castro Ruz, F. (1976). Discurso en la velada solemne en ocasión del centenario de la caída de Ignacio Agramonte”, en *Discursos de Fidel Castro*, tomo II, Editorial de Ciencias Sociales: La Habana.
2. Colectivo de autores, (2004). *Historia Militar de Cuba*, Primera parte, (1510-1898), tomo 2 (1868-1878), Ediciones Verde Olivo. La Habana.
3. Jiménez, J. 1974, *Ignacio Agramonte. Documentos*: Editorial de Ciencias Sociales: La Habana.
4. *Mapa histórico Biográfico Mayor General Ignacio Agramonte y Loynaz*, (2004). Ediciones GEO: La Habana.
5. Martí, J. (1975). *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales: La Habana.
6. Zulueta Zulueta, R. (1989), “El Mayor. Uno de los más brillantes jefes militares de nuestra gesta independentista”, en Revista *El Oficial Número Especial*, pp. 42-43.